

PALABRAS DEL MTRO. OCTAVIO MOJARRO, SECRETARIO GENERAL DEL CONSEJO NACIONAL DE POBLACIÓN, EN LA CONFERENCIA DE PRENSA CONMEMORATIVA DEL DÍA MUNDIAL DE LA POBLACIÓN CELEBRADA EN EL FONDO DE POBLACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS, EL LUNES 10 DE JULIO DE 2006. MÉXICO D.F.

Buenos días tengan todas y todos ustedes.

Mi más sincero agradecimiento por acompañarnos en esta conferencia, organizada con motivo del Día Mundial de la Población, que se celebra el 11 de julio de cada año, por iniciativa de las Naciones Unidas.

Muchas gracias al Sr. Arie Hoekman, Representante del Fondo de Población de las Naciones Unidas en México, por su atenta invitación a conmemorar este día.

Esta es una fecha simbólica que tiene como propósito propiciar la reflexión y el análisis sobre los desafíos que la evolución de los fenómenos demográficos plantea al desarrollo económico, social y humano.

Ha sido un acierto que esta oportunidad nos convoque a dirigir nuestra atención hacia la situación de uno de los grupos sociales más relevantes para la política de población de México.

La población adolescente y joven del país constituye un grupo prioritario para la política de población tanto por su tamaño demográfico, como por la importancia estratégica, ya que en esta etapa se toman decisiones vitales con profundas repercusiones en las trayectorias de la vida. Permanecer o salir de la escuela; mantener su residencia habitual o migrar; iniciar o postergar la incorporación al mundo del trabajo, formar una pareja o retardar la edad del matrimonio; iniciar o aplazar el inicio de la vida reproductiva, son todas ellas cruciales para construir un proyecto de vida.

La sociedad le asigna un gran valor a la juventud ya que constituye una etapa de

preparación y formación para el tránsito a la vida adulta. El éxito de este proceso dependerá de las oportunidades de que dispongan los jóvenes para aprovechar plenamente su potencial en beneficio de ellos y del desarrollo económico y social del país.

Tamaño y tendencias de la población joven

Durante las últimas tres décadas del siglo pasado y hasta el primer quinquenio del siglo XXI, las y los jóvenes han concentrado a alrededor de una quinta parte de la población total mexicana.

La población actual de jóvenes de 15 a 24 años es la generación de mayor tamaño en la historia demográfica de nuestro país. Su número prácticamente se cuadruplicó al pasar de 5 millones en 1950 a 21 millones en 2005, derivado de las altas tasas de fecundidad y del descenso de la mortalidad del pasado. Al inicio de los años sesenta y los años ochenta, la población de 15 a 24 años de edad creció a tasas superiores al 3 por ciento anual, y logró su máximo de 4.5 por ciento a principios de los años setenta. Posteriormente el ritmo de crecimiento se ha disminuido, hoy se estima de 0.5 por ciento.

El Consejo Nacional de Población prevé que alrededor del año 2010 este grupo alcanzará su mayor tamaño, con 21.5 millones de personas. A partir de entonces comenzará a descender paulatinamente hasta los 15.2 millones a mediados del siglo XXI.

Conviene destacar que la demografía de esta población es a la vez fuente de oportunidades como de desafíos, por lo que las decisiones que hoy se tomen, o se dejen tomar, para favorecer su desarrollo contribuirán a moldear los escenarios

demográficos y sociales del futuro.

En lo sucesivo me voy a referir a cuatro dimensiones que tienen una onda repercusión social y económica en la generación de los hoy jóvenes.

Transiciones: Educación

La educación representa uno de los puntales más sólidos en los que descansan tanto la superación individual como el progreso social.

En el mundo contemporáneo, una sociedad con bajos niveles de escolaridad ve limitadas sus posibilidades de modernización, de mejoramiento de los niveles de vida de la población, de reducción de la pobreza y de las desigualdades sociales.

El nivel educativo de las y los jóvenes durante las últimas décadas ha registrado un avance significativo. La proporción de jóvenes sin escolaridad se ha prácticamente eliminado (2.1%) y se ha erradicado la brecha de género en la educación primaria. Los avances han sido sustanciales, mientras en 1970 sólo 8.1 por ciento había realizado estudios de preparatoria o más; para el año 2005, esta categoría casi logra el 42 por ciento.

A pesar de estos indudables logros educativos, las oportunidades escolares en muchos de los jóvenes de México son aun reducidas y persisten diversas disparidades sociales que reclaman una urgente atención. Así por ejemplo, mientras que la asistencia escolar es casi universal en la infancia, ésta comienza a decrecer paulatinamente a partir de los trece años de edad, de manera que antes de cumplir 17 años el 50 por ciento de este sector de la población ya dejó de asistir a la escuela, en el ámbito rural es todavía más temprano entre 15 y 16

años.

Las desigualdades se aprecian todavía más, entre la población de pobres y los no pobres: en 2004, antes de los 18 años, sólo 35.4 por ciento de los jóvenes de hogares en pobreza alimentaria asiste a la escuela, en tanto que en los no pobres por este concepto 56.6 por ciento disfruta más de las oportunidades de aumentar su preparación educativa. Estos resultados son reveladores de las dificultades que tiene la sociedad mexicana para garantizar oportunidades iguales en la formación y acumulación de activos de los jóvenes y poder reducir, con ello, la transmisión de la pobreza entre generaciones.

Laboral

Además de las oportunidades educativas, una dimensión a considerar en las políticas es la inserción laboral de los jóvenes. En concordancia con la temprana salida del sistema escolar, los jóvenes en México presentan elevadas tasas de participación laboral: cerca de la mitad de la población de 15 a 24 años participa en el mercado de trabajo, cuando, idealmente deberían estar canalizando sus energías a la educación. La presión para una inserción rápida en el trabajo es mucho más fuerte para los varones: entre los 20 y 24 años cerca de 8 de cada 10 varones realiza alguna actividad económica, mientras que entre las mujeres esto ocurre con 4 de cada 10.

En este campo se observa una favorable disminución de la participación laboral de los adolescentes sobre todo de 15-19 años en ambos sexos, por ejemplo, en las mujeres la tasa de participación se redujo de 30 por ciento en 2000 a 24 por ciento en 2004.

Estos avances han sido, en parte, resultado de las crecientes oportunidades escolares para retener por más tiempo a los estudiantes y a las políticas de apoyo y subsidio orquestadas desde el estado.

Sin embargo, todavía son insuficientes para garantizar a todo este segmento de la población la adquisición de las habilidades y los conocimientos que redundarán en un mejor desempeño productivo. Por ejemplo, en las áreas rurales la participación económica de los jóvenes es mayor (50.5%) que en las urbanas (47.6%). La estructura de oportunidades en áreas rurales aún restringe el acceso a mayores niveles educativos, lo cual está asociado a la presión por adquirir desde temprano responsabilidades económicas asociadas con la vida adulta.

A su vez, la inserción laboral no siempre es exitosa. En estas edades (15 a 24), en 2004, se cursan las más altas tasas de desempleo, principalmente en las mujeres (5.4% total, 4.7% en hombres y 6.8% en mujeres) y, en ocasiones, la búsqueda de empleo se prolonga por largo tiempo. Asimismo, la falta de preparación y experiencia laboral coadyuva a que el inicio en el trabajo sea por lo general en condiciones precarias e informales (52.7% en el total), y ligeramente más en las mujeres (53.9%) que en los hombres (51.9%).

Reproductiva

La salida temprana de la escuela y la rápida inserción en los mercados de trabajo están estrechamente asociadas con otros eventos socio-demográficos que marcan la transición hacia la vida adulta.

El inicio de la vida en pareja y el nacimiento de los hijos definen a la persona como adulta e implican la asunción de nuevos roles sociales. El inicio de las prácticas reproductivas representa una etapa crucial para el desarrollo de los jóvenes. Entre las mujeres la tríada: unión, sexualidad, reproducción, no siempre sigue una

secuencia típica. Los contextos sociales y la información sobre el ejercicio de una sexualidad segura generan respuestas desiguales en el comportamiento reproductivo.

El inicio de la vida marital y la reproducción se presenta muy tempranamente y de forma desigual entre grupos sociales: a los 18 años 31.1 por ciento de las jóvenes rurales ya han tenido su primer hijo, en las indígenas es de 50.8 por ciento, mientras que en las que viven en áreas urbanas sólo 23.3 por ciento han adquirido las responsabilidades de adultos y de la formación de un hogar.

Además, la unión y el nacimiento del primer hijo son eventos que ocurren casi simultáneamente: según datos de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva de 2003 la edad mediana en la que ocurre la unión es a los 20.9 años y se estima que la edad al nacimiento del primer hijo es de 21.9 años para las mujeres de 25 a 34 años de edad.

Los jóvenes están experimentando estos cambios a edades muy tempranas y con ello interrumpen la etapa de preparación y formación que representa la juventud; por lo que se requieren de políticas integrales que atiendan las necesidades de los jóvenes e impulsen su desarrollo y progreso personal.

Migración

A las decisiones antes mencionadas se suma otra de particular relevancia. Ante la falta de expectativas de progreso aumenta la probabilidad de los jóvenes a dejar sus lugares de origen.

La migración internacional es una opción y, en ocasiones una presión, por la cual

los jóvenes han optado de manera creciente: el número de personas de 15 a 24 años de edad que México pierde anualmente por migración asciende 143 mil en el año 2005.

El componente juvenil de la migración ya es significativo, de los 11 millones de mexicanos que emigraron a residir a los Estados Unidos, 1.86 millones o sea 17 por ciento son jóvenes; la mayoría de ellos arribó en los últimos diez años (67.3 por ciento); con un aporte de más hombres (58.8%) que mujeres (41.2%). La mayoría tiene un bajo nivel de escolaridad, seis de cada diez sólo han cursado 12 años o menos de estudios. Los jóvenes mexicanos registran altas tasas de participación laboral en los Estados Unidos, pero perciben en promedio 15 mil dólares al año, monto inferior al promedio de los 22 mil dólares para todos los mexicanos en ese país.

Los jóvenes también se han incorporado al flujo temporal de la migración a los Estados Unidos. Entre 2001 y 2004, aproximadamente uno de cada cinco migrantes laborales (22.1%) tenía entre 15 y 24 años de edad, la mayoría eran hombres solteros y con 7.8 años promedio de escolaridad. La corriente migratoria de la población de 15 a 24 años está compuesta por jóvenes de localidades urbanas (55%) y sin experiencia migratoria previa (78%).

Reflexión final

Como se ha observado, la importancia de este grupo no sólo radica en su peso demográfico, sino en el momento estratégico en el que se encuentra. Por ello, las políticas públicas deben orientarse a ofrecer a los jóvenes las oportunidades y las destrezas necesarias para transitar con expectativas cumplidas a la vida adulta.

Las políticas de población y sociales enfrentan la apremiante necesidad de

articularse más eficientemente para garantizar a los jóvenes una transición adecuada hacia la edad adulta, lo que implica multiplicar los esfuerzos en los campos de la salud, trabajo, educación y oportunidades de desarrollo personal.

Los jóvenes de las generaciones actuales conformarán el grueso de la población en edad laboral de las próximas tres décadas. Para el mejor aprovechamiento de bono demográfico en nuestro país, resulta necesario movilizar todos los recursos para que la etapa de la adolescencia y la juventud esté dedicada, principalmente, a la adquisición de conocimientos y destrezas y a la formación del capital humano en un contexto de mayor equidad e igualdad social.

Es necesario establecer políticas públicas más integrales, explícitamente dirigidas a los jóvenes, que inviertan en la promoción del desarrollo, para crear un entorno propicio al desarrollo, y con ello estar mejor preparados para eliminar la pobreza. Reducir las desigualdades en los jóvenes de hoy propiciará condiciones de vida más equitativas para las nuevas generaciones que cursen la vida activa y en la vejez.